

DESPRENDIMIENTOS INTIMOS
(Pequeña biografía de mi padre.)

Por Inés Barrera B.

Pregunto a mi corazón por todos los que ya no existen
Y cuando mis ojos flotando sobre amadas huellas
Lloran tantas estrellas apagadas en el cielo!

A. de Lamartine.

Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

Antonio Machado.

He abierto estos cuadernos de apuntes y he comprobado que el tiempo y la distancia, lejos de borrar los vestigios del recuerdo, tornan el hechizo más fuerte y más intenso; más clara y más luminosa la luz que alumbra estos episodios de gratísima recordación o de tristes experiencias vividas con fuerte intensidad. Me he puesto con amor, con decisión y con todo cariño a copiarlos y sacarlos a la luz.

Estas anotaciones hechas en el año 1969 son conversaciones íntimas y diarias mantenidas en agradable familiaridad; cuando sentadas junto a mi padre gozábamos de su amena conversación a la que acudían con precisión infinidad de recuerdos. Y mientras nuestras manos tejían o bordaban, oíamos con más asombro cada vez y con más admiración, este hermoso desandar el tiempo para hacer el recuento de su vida con detalles de maravillosa sencillez y con anotaciones de amor.

Si desde antes hubiera tenido el cuidado de escribir estos apuntes. . . pero qué poco valor tenía para mí el tiempo entonces. La vida era él. Tenía casi el convencimiento de que nuestra vida, nuestra felicidad, nuestra unión eran indestructibles y eternas.

Miraba esta excelsa unión familiar como un regalo de la Naturaleza. Sin advertir que esta unión y esta tranquilidad de la que gozábamos, era una conquista alcanzada por una vida libre de todo exceso.

Aprendí siempre que la parte más noble del alma es la inteligencia. Oí a mi padre insistir en que cuando se quiere un trato justo para uno, debe ejercitarse la justicia cuando de los demás se trata.

Qué rápida pasa la vida y qué cortos son los días felices. Cuántas palabras que no se dijeron. Y cuántas preguntas que no se formularon.

Cinco años son de la ausencia de mamá. Años que nos han

unido más, si eso es posible, en el afecto con mi padre.

Mi madre fue la eterna enamorada de su marido en los 55 años que duró su matrimonio; y su encargo de siempre, especial y cariñoso era: “cuiden de su padre, que sus mimos, su cariño y su amor sean constantes y firmes para él en todo momento”.

Después de la partida de ella, nuestros brazos de hijas cariñosas le han tejido una guirnalda estrecha de amor. Y por esta unión surgen diariamente éstas que son conversaciones, más que confidencias. Ahora, lejos de su amor, nos ha tocado doblar esta esquina penosa de la vida, en la que la verdad es otra de la que creíamos o vislumbrábamos. Estamos, eso si, impulsadas por sus firmes enseñanzas. Hay una cosa que quisiéramos que fuese eterna, la felicidad. Mas volvemos a la realidad y ella nos dice su ausencia; sin embargo hay algo en el alma que nos fortalece con el dolor.

Anduvimos a su vera inundadas de luz clara y transparente, que forzosamente había de reflejarse en nuestras almas para iluminarlas de todo lo bueno y bello de la vida. Nunca hubo un pensamiento mezquino en la vida de mi padre, cuánta altura y cuánta integridad siempre. Cuidó de no dejarnos advertir que junto a la luz hay la sombra, la envidia y la desconfianza.

Cuánto espacio espiritual desplaza en el alma la memoria de la infancia; prueba de ello son estos apuntes para estas recordaciones. Viejos recuerdos que los voy anotando diariamente tal como llegan, espontáneos y sin ninguna sujeción cronológica, ni de importancia ni de intimidad.

“Era un día como todos, dice a manera de relato. Era el cuatro de febrero de 1884, día de mi nacimiento. La casa se llenó de alegría con el nacimiento del nuevo hijo, (el séptimo). Mis padres sintieron un especial regocijo con la venida de este otro niño. Era así como siempre lo oí de labios de mi madre.

“Este acontecimiento no cambió en nada el ritmo de la vida. Todo siguió igual. Crecí igual que todos los niños, bajo el amparo y las dulces caricias de mis padres.

“Mis hermanos mayores dejaron breve huella. La ternura de la

madre lloraba su ausencia y cariñosamente recordaba episodios de cada uno para desgranar melancólicamente en íntimas charlas familiares.

“Tan solamente una hermana mayor; la primera hija del primer matrimonio vivió. Pues mi madre quedó viuda con dos niños. Joven todavía, lozana, inteligente y hermosa. Mercedes era el nombre de la niña, su hermano mayor murió tempranamente. Mercedes nació en 1867, recuerda, teníamos 17 años de diferencia. Luego continúa, de su segundo matrimonio con mi padre, tuvo siete hijos, el séptimo era yo. Los nombres que conserva mi recuerdo son solamente dos: Elena y Martín. Elena y yo enfermamos gravemente siendo aún muy niños; el médico que nos atendía indicó a mis padres no seguirme administrando medicinas, pues que mi estado era de tal gravedad, que pronto moriría. Y, oh! ironías y burlas del destino. Yo seguí atendido solamente por mi madre, que sin resignarse a entregarme a la muerte, me cuidaba celosamente con todo amor a pesar de las advertencias del médico, y salvé. Y la niña, al cuidado del especialista y con muchas medicinas murió a los pocos días.

“Fuí bautizado en cuanto estuve mejor en la iglesia de San Luis de Otavalo, y mis padrinos fueron: Don Alcides Zumárraga y doña Evalina Villacís, su mujer.

Queridos recuerdos que afloran en cualquier momento”, comenta. E interrumpiendo su relación, se levanta pidiéndonos esperarle. Y vuelve luego trayendo un grupo de tarjetas que tenía guardadas en su gaveta personal y nos las entrega muy cuidadosamente colocadas por años.

Esta cartulina verde, dice, es el menú familiar con que ustedes me obsequiaron el 4 de febrero de 1944, al cumplir yo los sesenta años. Celebración que en forma cariñosa ha continuado hasta hoy y cuyas tarjetas las guardo con cariño”.

Ahora, después de tantos años he abierto su cajón, que todavía mantiene el mismo orden con que él lo dejó, y allí están las tarjetas como en ese lejano día en que fue a buscarlas para hacer el recuento de cariño; y con su gran serenidad dijo: el hogar, los hijos, la familia son signos de permanencia.

Después mis ojos miran el menú especial de las bodas de oro

matrimoniales de mis padres (1909-1959), un escogido menú para esta celebración, fuera de lo común, en el afecto familiar. Y sigo verificando fechas de muchos menús, hasta la de 1964, fecha especialísima pues papá cumplía los ochenta años y como él decía: "con estos mis ochenta años he presenciado el paso de dos generaciones". Pero teníamos como una espina de dolor clavada en el corazón, pues en esos mismos días, mi madre se hallaba gravemente enferma. Enfermedad que la llevó a la tumba en ese mismo año.

Complejo año este de 1964.

Tuvimos la felicidad del cumpleaños de papá, que en muchos lugares de la República fue mencionado. Y en Quito, en diferentes centros culturales se conmemoró con diversos homenajes.

Nuestro corazón se llenó de inmenso júbilo y, juntos los hijos y los nietos, fuimos en apretado y emocionado grupo a las diversas manifestaciones de homenaje. Pero . . . había un peso angustioso y terrible que era un peso cruel en nuestra balanza de felicidad. Mi madre estaba delicadamente enferma y las emociones de estos días acentuaron sus dolencias. Imposible evitar que ella lo supiera. Ella fue la compañera fiel, cariñosa e inteligente de mi padre, no podía ahora acompañar y guiar a nuestro grupo como había sido siempre. Su espera en la casa era anhelante y a nuestro regreso estaba ansiosa del relato emocionado de los hechos, a los que su enfermedad no le permitía asistir pero seguía con el corazón rebosante de felicidad. . .

Más que nunca estábamos en estos homenajes y en estos días unidos en fuerte grupo lleno de amor.

Mamá creía y esperaba siempre, con seguridad que inculcó en nosotros, que al amparo de mi padre estábamos libres de todo mal. Ya enferma ella se acentuó esta necesidad de protección de quien por siempre fue nuestra fuerza y nuestro orgullo. Mi madre era el centro de nuestros cuidados y nuestra vida giraba en torno a ella. Alejados de todo lo que no era preciso ni importante y como con ansias de gozar de esta preciosa vida que se extinguía lentamente, no nos alejábamos de su lado sino lo estrictamente necesario.

Cuántos días de intensa gravedad llevamos con callado dolor. La gran voluntad unida al gran amor de mi padre nos auxiliaba y

nos fortalecía.

La muerte llegó quedamente, silenciosa y traidora. El día 15 de septiembre de 1964, ella se durmió para siempre.

Los recuerdos se suceden y se desgranán. "La suerte me tocó a mí. Esta pasión intelectual, difícil y peligrosa me abrió el camino de la vida. Amé y servía a mi patria sin reclamos personales y con dedicación generosa, así lo digo en uno de mis primeros libros. Pero como allí mismo lo digo: es el pedazo de tierra que nuestros ojos vieron de niño lo que está dentro del corazón, y estas palabras escritas hace tantos años, en uno de mis primeros libros de juventud, las siento en verdad ahora, con enorme fuerza de emoción, y adentro, muy adentro de mi corazón".

"La vida es muy corta o muy larga.

Cierro los ojos y pasan los días y los años. La historia de la vida. Mucho he soñado durante mi existencia. La fábula llenó mi pensamiento. Lo cotidiano formaba la trama de lo maravilloso. Muchacho soñador, me encontré un día con la mujer soñada, en alguno de los tantos sueños que hacían de mi vida una aventura permanente. Y fuí feliz con ella. La vida se esparció llena de bonanza. Todas las horas eran de esperanza, de inquietud y de ambición.

Cuando partió de mi lado, ya no estuve solo. Había quienes me llevaban de la mano. Envejecido, no quedé solo. Creían en mí más de lo que en realidad, valía. Una segunda vida. Eran mis hijos; mis hijas, sobre todo, las que llenaban las horas de mi vida. Las que realizaban los antiguos sueños.
¿Fuí tan valioso? No. Pero ellas exigieron un ídolo a quien consagrar desvelos y esperanzas.

Esa ha sido mi vida. Nací para ser ignorado. Me amó una mujer que llenó muchos días de mi vida. Cuando partió de mi lado, no quedé solo. Había quienes repetían mi nombre. Y mis hijas, con el perfume de las flores todas me rodearon de sueños. Sueños plácidos, hasta el día próximo de partir. Mi nombre seguirá murmurándose, y las flores de mi corazón, tal vez conserven el perfume grato que me acompaña

cuando haya dejado de soñar para siempre.

La historia de mi vida es esta. Vosotras las repetireis como si todavía pudiera escuchar la canción que acompañó mi vida”.

Tomado de uno de sus cuadernos de apuntes.

Padre, este es mi amor para tí.

Diciembre de 1972.

Fragmento de una biografía íntima, narrada muy sencillamente; captando solamente palabras dichas en coloquios familiares.